

El pozo de los gigantes

Cien memorias bajo el acantilado

Luis Baizán

 Safe Creative  Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2015

Facebook: facebook.com/luisbaizanescriptor

Instagram: [luisbaizanescriptor](https://instagram.com/luisbaizanescriptor)

Twitter: [@luisbaizan](https://twitter.com/luisbaizan)

A todos los que necesitan revivir historias para sentirse a salvo.

Y la segunda vez que visité la ciudad me vi envuelto en un aciago día. Pero no porque estuviese lloviendo o me sintiera enfermo. Sino porque un fuerte viento de Levante alzaba la arena posada en los escalones hasta el rostro, impidiendo que mis ojos pudiesen ver con claridad.

A duras penas logré llegar hasta la entrada. Sin embargo esta vez, nadie me esperaba.

Pasé de largo la posada. Y también el caminito que conducía a las falúas del puerto. Mi intención era regresar a la plaza central, donde los cuatro centinelas custodiaban la misteriosa y atractiva efigie que porta el libro.

No obstante, la ventolera retrasó mis pasos. Hasta tal punto que debí pararme y buscar algún refugio para guarecerme.

Entonces divisé el pozo. Aunque para ser sincero, éste llamó mi atención primero. Porque la cuerda que pendía de la rueda junto a su travesaño, pegaba latigazos contra el muro de piedra originando incesantes golpes secos.

Era un viejo pozo. Algo oxidado. Y a decir verdad, no creo que se usase ya. Nada más acercarme, me sentí tentado a mirar

dentro. Aunque solo fuera de pasada. Porque supuse que como en toda oscuridad bajo tierra, solo las tinieblas reinarían. Y realmente no pude estar más equivocado.

Su interior escupía vida. Una interminable hiedra cubría el adobe y decenas de aves revoloteaban hacia arriba y abajo llenas de brío. Incluso podía ver el agua limpia que se dibujaba al fondo. Concluí que sería el lugar perfecto para defenderme por un tiempo del fuerte viento. Así que agarré la soga y después de comprobar que podía aguantar mi peso, fui descendiendo con mucho cuidado. Debo admitir que las raíces de la planta facilitaron mi bajada, pues la trepadora dejaba al descubierto grietas semejantes a peldaños.

Toqué la superficie del agua en menos tiempo del que esperaba. Se encontraba muy fría. Y esto me incomodó sobremanera. Por lo que pensé en volver a subir. Pero mudé de idea al darme cuenta que pasados unos segundos, el lugar se tornaba cálido de forma inexplicable.

Entonces introduje todo mi cuerpo en las aguas. Cerré los ojos y disfruté relajado. Cuando los abrí de nuevo descubrí algo sorprendente. El lomo pardo de un libro se asomaba entre la fronda como la espigada ola que arremete en medio de la tempestad.

Otra vez estaba ocurriendo.

Lo así con cautela. Limpié un poco sus cubiertas y emocionado, me dispuse a abrirlo. Al hacerlo noté que el libro me pesaba en las manos. Tanto que lo apoyé en el ramaje. Así pude llevar *mis* dedos hasta las palabras que conformaban la primera línea:

Casi pueden alcanzarnos. Sentimos su brusca respiración sobre nuestras cabezas. Y también oímos, por desgracia, los aullidos de sus perros como el trueno que se acerca.

Hasta aquí pude leer porque algo extraordinario sucedió. Cientos de coloridos pájaros salieron de su escondite en el pozo y revolotearon alrededor de mí. Provocaron tal ventisca, que el agua se levantó para cubrirme por completo. Entonces tuve miedo y grité. Al hacerlo, las aves huyeron. Pero un asombroso resplandor penetró desde arriba y me cegó. Jadeé agobiado. Aunque apenas me moví.

Cuando mis ojos pudieron acomodarse a la luz, percibí que ya no me encontraba en el pozo. Me hallaba en un lugar muy diferente, y mi cuerpo no permanecía inmóvil como antes. Estaba corriendo en campo abierto junto a un grupo de caballeros que escapaba de algo. No eran más de diez. Llevaban lujosas armaduras y portaban esbeltos escudos. Recuerdo perfectamente la forma de sus cascos, tan ajustados a la cabeza como los cintos que oprimían sus espadas a la altura de la cadera.

Lo más fascinante es que yo iba ataviado de igual manera. Y sospecho que sentía lo mismo que ellos en ese momento. Pánico. Sobre todo al darme cuenta qué nos perseguía. Un fabuloso gigante de horrible rostro acompañado por tres enormes perros.

—¡Al bosque! —gritó uno de los hombres que iba en cabeza.

—¿Estás loco? —cuestionó otro cerca de mí—. Sabes bien que se oculta allí.

—Nos dará caza si no entramos en la arboleda —replicó de nuevo el primero.

Delante de nosotros y a solo doscientos pies, se levantaba una infinidad de encinas creando un muro de troncos y ramas grises. Había que llegar allí. Ciertamente, no sabía por qué aquella criatura deseaba atraparnos. Pero esa duda también me ayudó a ir más rápido. Tanto, que dejé atrás a la mitad de los caballeros.

Antes de que pudiésemos alcanzar la línea del bosque, cayeron tres hombres de retaguardia. No habían visto venir el hacha blandida por el repugnante coloso. Después de esto nos colamos entre los primeros árboles. Como gorriones que buscan el escondite durante el ocaso. Explorando cada ápice del lugar en tanto avanzábamos. Habíamos dejado atrás a nuestro perseguidor por un tiempo. Pero no a sus perros.

—¡Mirad ese tronco! —vociferó alguien—. Servirá para ocultarnos.

Aquel hombre llevaba razón. Un enorme roble despuntaba sobre un claro. Poseía tal agujero en su base, que dos mulas podían entrar en él sin problema alguno. No tardamos en meternos dentro. Entonces pude fijarme bien en mis nuevos compañeros.

Todos engalanaban el mentón con recortadas barbas. Tenían el cabello oscuro y los ojos tan verdes como la hierba que retoña. Hasta gozaban de la misma altura. Y de semejantes narices.

—Menuda galopada —susurró uno de ellos.

—Y sin monturas —añadió otro sonriendo vagamente.

—A mi no me hace gracia, hermano —reprobó un tercero asomándose al exterior con sigilo—. Si los caballos hubiesen estado listos, nada de esto hubiera sucedido.

—Ya os dije que mordisquearon las cuerdas cuando fui a orinar —se excusó un caballero junto a mí entretanto libraba su testa del yelmo —. Debían estar muertos de miedo. Esas bestias huelen el peligro.

—Callad —sentenció el que había sacado su cabeza para mirar fuera —. Hay un perro merodeando cerca.

Entonces un hombre que se encontraba sentado frente a mí, abrió una bolsa cuidadosamente. Metió la mano en ella y enarcó las cejas de admiración justo antes de sacar un deslumbrante brazalete de plata. Era realmente bello. Piedras púrpuras ornamentaban sus curvas. Me quedé embelesado en el objeto hasta que un codazo despertó mis sentidos.

—Y tú podrías haber sujetado mejor la espada —me regañó un hombre de voz ronca sentado a la derecha. Había atizado mi costado como si la vida le fuera en ello —. Si la supieras atar como es debido, no se te hubiera caído. Esos chuchos tienen el oído fino.

Me limité a asentir. En verdad no entendía nada de lo que me decía. O no recordaba, claro.

—Silencio. Ahí viene uno —acertó a decir una ahogada vocecilla.

Un olor nauseabundo penetró en el interior. Me tapé la nariz para no vomitar. Dos caballeros desenvainaron. Se colocaron de cuclillas frente a la entrada, y cuando un tupido hocico se introdujo dónde estábamos, soltaron una tunda de espadaos. Inmediatamente aquel morro desapareció. Pero llevó consigo un chorro de sangre y gemidos.

Los otros canes no tardaron en acudir junto a su dueño, quien bramaba y rugía con tal desazón que las mismas raíces temblaban bajo nuestros pies.

—¡Salid del árbol malnacidos! —gritó desesperado. Luego comenzó a zarandear el árbol con fuerza. Al ver que no conseguía su propósito, tomó una rama y la metió con violencia para agitarla dentro. Tratando de hacernos daño. Pero tampoco consiguió nada porque la cortamos.

Entonces agarró su hacha y empezó a talar el tronco.

—Nos va a hacer polvo —expuso un caballero de pocos dientes - . No voy a quedarme aquí para que me parta en dos.

—Hay que formar deprisa – dijo otro —. Y luego correr hasta el final del bosque. Allí el río nos echará una mano.

—¿Y los perros? —consulté.

—Se las verán con nuestro acero —respondió el de la bolsa, quien volvía a guardar el brazal.

Vaya plan, pensé. Aquel gigante nos pisaría uno a uno como a las hormigas en cuanto nos viera salir. Eso si era más rápido que sus chuchos. Esas monstruosas bestias tenían los dientes como sables.

De pronto, los hachazos se detuvieron. Y Los perros aullaron de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntaron tres hombres casi a la vez.

Yo, que me había ubicado el primero, saqué la testa con más miedo que valentía. Lo que vi fuera me produjo escalofríos. Tanto que volví a meterme dentro dando un respingo.

—¿Qué has visto? ¿Crees que podemos salir? —me cuestionaron con desesperación.

—Hay... - empecé a decir lentamente — ...Cuatro erizos tan grandes como una barca. Y van montados. Extraños jinetes de orejas alargadas cabalgan sobre ellos.

—Ya os lo dije. Esta arboleda se halla infestada de engendros hostiles. Quien entra, no sale.

—¿Te parecía mejor opción seguir corriendo en círculos?

Así iniciaron una discusión en la que yo no me quise ver inmerso. No obstante, había que tomar una decisión. Y rápida.

—Formemos un caparazón – propuse al fin. Todos me prestaron su atención —. Como las valvas de un molusco.

Tras un breve silencio, me sonrieron. Los había convencido.

Tardamos poco tiempo en salir de allí. Creando una maraña de rodela algo temblorosa. Mientras escapábamos con pies de plomo sobre el verde, pude atisbar por un hueco de nuestra coraza la batalla entre gigante y erizos. El primero se defendía entre mandobles. Y Sus oponentes de espigadas púas le atacaban sin descanso, dando brinco con la habilidad de un saltamontes.

—Lo van a destrozar —musité tras comprobar que el de corpulenta figura retrocedía fatigado.

Sin embargo, erré una vez más en mi juicio. Porque un par de gigantes emergió de la nada. Hicieron frente a sus contrarios y cambiaron el sino del combate. Mis compañeros dieron cuentas de ello. Aceleraron la marcha y maldijeron su suerte. Entonces los escudos comenzaron a pesar. La formación se quebró poco a poco y nos vimos expuestos.

Afortunadamente, nos hallábamos a buena distancia de la pelea.

—¿Cuánto queda? —consulté preocupado.

—Ni media legua —me contestaron.

Aquella distancia me pareció interminable. Pues la sed acudió a mí como en un día estival. Incluso consideré en pedirles un descanso para beber. Pero entonces los gigantes acudieron a mi mente. Y aquel pensamiento hostigó mi vientre.

—Cruzaremos a nado —señaló alguien divisando la orilla del río.

En cuanto pisamos las aguas, nos despojamos de las armaduras. De otro modo hubiéramos ido directos al fondo.

Y así empezamos a braccar. En medio de una corriente que dificultaba la aproximación a la otra orilla. Pero eso se me daba bien. Pues era igual que nadar en la playa contra las olas. Estaba acostumbrado a ello. Considero que por esa razón llegué antes que nadie al otro lado.

Apenas hube pisado en firme, noté que dos grandes manchas entraban en el río desde la ribera contraria. Eran los gigantes.

Entonces di grandes voces para avisar a mis compañeros, quienes se esforzaron por ir más rápido. Sin embargo, cuatro de ellos fueron cazados por aquellos monstruos. Ni ofrecieron resistencia, pues se encontraban agotados.

Mientras el horror se apoderaba de mí, los tres últimos caballeros arribaron. Desenfundaron con rabia y me dieron la espalda para situarse frente a los titanes, que ya se acercaban dando zancadas imposibles.

—¿Qué hacéis? —cuestioné aturdido.

—Aún te quedan fuerzas para llegar a la ciudad —aclaró uno de ellos ofreciéndome la bolsa del brazalete.

Entonces agarré la talega sin pensarlo dos veces. Troté hasta un sendero que nacía cerca de allí y me apresuré ladera arriba como el zorro que escapa del arco.

No recuerdo cuanto me costó subir, pero sí la brevedad que supuso. Cuando culminé la pendiente, eché preocupado la vista atrás. Solo atisbé una nube de polvo que se levantaba con virulencia. Pero debía seguir.

Ceñí la bolsa a mi cinto. Respiré hondo. Abrí bien los ojos para mirar hacia delante y estudié el camino que me aguardaba. Así descubrí un vasto llano que se extendía desde mis pies hasta el horizonte. Y con éste, una ciudad de grandes torreones que brotaba en medio de la neblina crepuscular.

La tierra tembló en derredor. Ya venían.

Corrí. Salté. Caí. Me levanté. Proseguí. Y continué corriendo hasta que ya no pude más.

Entonces los gigantes aceleraron el paso al verme clavar las rodillas en el verde. El sudor y la angustia vinieron a mí como el llanto del que nace, y desistí de alcanzar las puertas de la villa porque no me quedaba más aliento. Volteé mi cuerpo y tumbado esperé a que llegaran.

—¡Sube, rápido! —gritó una voz femenina con desesperación.

El clamor azotó mi vientre. Ayudando a incorporarme de nuevo. Busqué de donde procedía la voz. Y no tardé en

contemplar como una dama de rizos rubios, me extendía la mano desde la grupa de su montura.

Con el par de gigantes oscureciendo el rabillo de mis ojos, trepé hasta el cuadril del animal. La bestia salió al galope. Mientras nos alejábamos de allí, escuché a mis perseguidores bramar con furia. Pero no se detuvieron.

La joven me llevó hasta la muralla, que se abrió para engullirnos a toda prisa. Después frenó su corcel ante cuatro guardias en el interior de la fortificación. Uno de ellos, sin esperar a que bajara, me preguntó por el brazal. Lo retiré del costal y se lo entregué.

—Nos has salvado —declaró al recibirlo. Luego subió con presteza los escalones que unían el firme con las almenas.

La curiosidad me empujó a seguirlos. Aquel brazalete era algo extraordinario, y sobre todo, debía poseer un valor incalculable. La dama me acompañó hasta el parapeto.

Allí arriba, los centinelas se encontraban toqueteando unartilugio de madera. Parecía estar vivo, pues daba vueltas a sí mismo mediante una rueda. Sobre esta, habían depositado el brazalete.

—¿A qué esperáis? —les apremió la mujer—. Van a romper la puerta a pedradas.

Aparté mis ojos del artefacto para lanzar una mirada hacia abajo. Mis cazadores estaban intentando agujerear los portones de la entrada con enormes guijarros.

—¡Ya está listo! —exclamó uno de los hombres.

De pronto, un haz de luz surgió del brazal. Los últimos rayos del sol habían llegado hasta él para salir despedidos en forma de impetuosa antorcha. Sorprendido, me hice a un lado.

Lo que ocurrió después me dejó sin habla. Con la misma pericia que un sastre al urdir, condujeron la luz hasta los gigantes. Éstos, al recibirla, quedaron paralizados.

Luego giraron la rueda con fuerza y el fulgor se tornó azul.

—No dejad de apuntar —dijo la fémina entre dientes.

Las dos enormes figuras saltaron en cien pedazos. Sencillamente se quebraron como la caña seca. Ni siquiera gritaron o se dolieron. Desaparecieron entre el polvo que serpentea sobre la tierra.

Me quedé estupefacto y con la boca abierta mientras los otros celebraban jubilosos.

—Ni que fuera la primera vez que nos ves hacer esto —manifestó el guardia al que le había entregado el aro precioso—. Estás pálido.

La mujer se aferró entonces al artefacto, y entre risas dirigió el haz a otros puntos perdidos en la lejanía. Ejecutó a unos bueyes que pastaban, luego acabó con una arboleda y finalmente arrebató de unas vacas a varios terneros. Desafortunadamente, los centinelas restantes fueron pasando uno a uno por el artillugio.

En ese momento quise tirarme muralla abajo. No creía lo que estaba presenciando. Me di la vuelta y bajé abatido.

Un calor hirvió mi alma, abrasándome desde el estómago. Lo sentía de tal forma, que la piel me quemaba. Busqué un barril con agua. Al hallarlo, metí la cabeza de lleno.

Cuando la saqué, me encontré dentro del pozo. Con el libro entre mis manos y los dedos temblorosos.

—¿Cómo diferenciar entre quien practica el bien y aquel que rehúye hacerlo? —cuestionó una voz familiar.

Miré hacia arriba y descubrí el arrugado rostro del viejo, quien sonreía invitándome a salir. Era ya tarde, y la luna había salido. Solté el libro. Subí.

—Pero los gigantes... —traté de excusarme nada más abandonar el foso. Procurando hallar una explicación a lo que había leído, o vivido.

—Los mantenían a raya con el brazalete —evidenció el anciano —. Pero también a sus vástagos, su ganado y todo aquello que desearan. Disfrutaban quitando la vida con ese objeto. Sin embargo no fue siempre así. Todo cambió cuando Ethelial, el rey de los titanes, lo robó de la ciudad. Hubo un tiempo de paz.

—Y yo ayudé a romperla— afirmé decepcionado —. Hay memorias que no merecen ser recordadas.

—No te atormentes. Todo está escrito. Es preciso recordar lo que ocurre.

No quise continuar con aquella conversación, y aunque mil respuestas borboteaban en mi mente, dejé la ciudad con el mar en calma y las estrellas sonriendo.

El pozo de los gigantes.

Relato II de *Cien memorias bajo el acantilado.*